

Masculinidad y Feminidad

(Del libro “Hacia UNA NUEVA HUMANIDAD libre y responsable”, de Julio Ferreras)

Aludimos anteriormente a dos principios fundamentales de la antigua filosofía china, el *Yang* y el *Yin*, uno masculino y otro femenino, en constante alternancia. De lo que se deduce que lo masculino y lo femenino, o lo que es igual, la masculinidad y la feminidad, forman ese par de opuestos que, una vez más, se complementan el uno al otro. Sin embargo, es este uno de los pares que ha arrastrado mayores prejuicios, errores y despropósitos a lo largo de la historia humana. Sobre lo masculino y lo femenino, se han cometido infinidad de desatinos venidos principalmente del sistema patriarcal que ha dominado en la humanidad, y que han perjudicado las relaciones entre el hombre y la mujer y el propio concepto del ser humano.

Uno de los analistas que ha tratado, con mayor profundidad, la Feminidad y la Masculinidad, es Pierre Daco. “Para la mayoría de la gente —dice— la feminidad es una especie de debilidad, de apagamiento, de sentimentalismo fofo, de docilidad dulzona”, y añade poco después: “*Si se equivoca Feminidad y debilidad*, es que la mayoría de la feminidad está terriblemente deteriorada y atrofiada. *Si se equivoca Masculinidad y agresividad*, es que la mayoría de la masculinidad está deformada” (1978, p. 168).

Es un error, en la educación convencional, la distribución de las funciones para los chicos, por un lado, y para las chicas, por otro. Se basa en otro error, aún mayor, de graves consecuencias psicológicas y sociales; es el que identifica la feminidad con la mujer y la masculinidad con el hombre. Es preciso saber que la ciencia moderna, y la psicología en particular, admiten que todo ser humano —sea hombre o mujer— posee una parte femenina y una parte masculina. P. Daco lo expresa así: “Todo hombre es masculino y femenino a la vez, toda mujer es femenina y masculina a la vez” (p. 169).

En la mujer, evidentemente, la feminidad ocupará un campo mayor que la masculinidad, y en el hombre su masculinidad será superior a su feminidad. Pero es esencial partir del hecho incuestionable de que todo ser humano, para realizarse como tal, ha de desarrollar su parte femenina y su parte masculina. De lo contrario, sufrirá frustraciones y desequilibrios en su personalidad. La teoría china del yin y del yang, que hemos visto anteriormente, lo representa con claridad en el círculo, en el que vemos que tanto el yang —masculino— como el yin —femenino— tienen un puntito en el medio que representa sus complementarios.

Para conocer hasta qué punto nuestra cultura occidental no ha comprendido esto y es esencialmente machista, bastaría tomar el diccionario de la RAE y leer: Masculinidad: *lo que es propio exclusivamente del varón*. Feminidad: *calidad de femenino // Pat. Estado anormal del varón en que aparecen uno o varios caracteres sexuales femeninos*. Estas definiciones no se sostienen, hoy, ante los hechos conocidos de la ciencia. Son claramente definiciones *yang*, es decir, de predominio masculino, pues mientras la feminidad es —según el diccionario— simplemente *calidad de femenino*, la masculinidad es *lo que es propio exclusivamente del varón*, al que no se le permite poseer nada femenino, porque eso sería un *estado anormal del varón*.

Este error, tan extendido en la humanidad actual, procede probablemente del sistema patriarcal, con un predominio claro de lo masculino sobre lo femenino y con un desconocimiento del ser humano integral. Por eso, se ha desarrollado en exceso la masculinidad, a la vez que la materia, mientras que la feminidad y el espíritu están sin desarrollar. La visión del mundo mecanicista y materialista, que hemos visto, ha favorecido grandemente esa polarización en la materia, en el cuerpo y en lo masculino, marginando el espíritu, el alma y lo femenino.

Jung habló mucho de este tema, debido a su importancia para conocer al ser humano. El llamó “ánima” al elemento femenino en el varón, y “ánimus” al elemento masculino en la mujer. “En la Edad Media —dice Jung— mucho antes de que los fisiólogos hubieran demostrado que, a causa de nuestra estructura glandular, hay a la vez elementos masculinos y femeninos en todos nosotros, se decía que *cada hombre lleva una mujer dentro de sí*. Este elemento femenino de todo macho es lo que yo he llamado el *ánima*” (1976, p. 27). Y el neurocientífico Gerald Hüther, en su libro “Hombres, el sexo débil y su cerebro”, en el que habla de la verdadera masculinidad, de la debilidad biológica de los varones, afirma: “Precisamente porque somos débiles, necesitamos coger de fuera. Los que tienen el poder son los hombres más débiles”.

Ya antes, P. Daco había roto con los prejuicios que nos han hecho ver la feminidad como algo débil, como “ese estado anormal del varón” del diccionario. Merece la pena conocer con qué rigor y profundidad trata -este psicólogo- la Feminidad y la Masculinidad. Habla de esas dos polaridades, en estos términos:

La polaridad femenina (la Feminidad) comprende todo lo que en nosotros:

- está sosegado, en reposo
- es inmóvil, está en espera
- es pasivo
- está “en potencia”
- acumula energía potencial
- prepara una acción exterior cualquiera

La polaridad masculina (la Masculinidad) comprende todo lo que en nosotros:

- está en movimiento
- es activo, o mejor, está en activación
- está “en acto”
- descarga energía acumulada
- actúa exteriormente de cualquier forma

Y añade: “Es el predominio de una u otra actitud lo que hará que seamos *Femeninos* o *Masculinos* ante las circunstancias” (1978, p.174). Dice P. Daco que para entender la Feminidad y la Masculinidad, “tenemos que pensar absolutamente en términos de energía”, y la energía no tiene sexo, aunque tradicionalmente —dice— era de esencia masculina. Y define así a un hombre y una mujer normales: “*Una mujer normal* mostrará evidentemente un predominio de actitudes de Feminidad, *retiene* más su energía. Está predispuesta a la receptividad, la interioridad, que son más frecuentes que la exteriorización. *Un hombre normal* exterioriza más su energía; el número de sus actitudes masculinas sobrepasa al de sus actitudes femeninas” (p. 178). En esa línea de romper con los tabúes y los prejuicios, P. Daco afirma: “Un hombre no comprenderá nunca a una mujer mientras no haya realizado su propia Feminidad. De la misma forma una mujer no podrá comprender la Masculinidad de un hombre mientras no haya realizado la suya” (p. 186).

Hoy suele decirse, sin distinción alguna, que el hombre y la mujer son iguales, sobre todo en los países más avanzados debido a las justas reivindicaciones femeninas. Lo cual puede traer alguna confusión, por lo que es preciso hacer algún matiz, después de esas palabras de P. Daco. Son iguales ante las leyes, porque tienen los mismos derechos, y así se reconoce en todos los documentos internacionales de derechos humanos; y también lo son en cuanto a la capacidad de desarrollo de todas sus potencialidades como seres humanos.

Sin embargo, el hombre y la mujer, en cuanto que forman un par de opuestos, tienen unas características diferentes. Así como el día no es la noche, la salud no es la enfermedad, la muerte no es la vida, etc., tampoco el hombre es la mujer, es decir, lo masculino no es lo femenino. Por tanto, la masculinidad y la feminidad no son iguales ni opuestos, sino diferentes y complementarios. Recordemos que el término *par de opuestos* obedece al carácter bipolar de nuestra conciencia que no acierta a ver la unidad en la polaridad.

Dentro de la masculinidad y la feminidad, ocupa un lugar primordial la *sexualidad* (que junto al amor, forma otro par de opuestos), y más aún, la educación sexual. Debido a que la educación convencional no ha sido sino una simple instrucción e información, no una verdadera educación, no debe sorprendernos la afirmación de que no existe propiamente una educación sexual, sino una información y un conocimiento sobre el sexo y su función fisiológica, y sobre cómo mantener relaciones sexuales sin peligro de embarazo. Eso no es una educación sexual, sino más bien frivolar sobre el sexo. Probablemente sea la sexualidad uno de los temas en que la sociedad actual está más confusa y desorientada (aunque ya lo está bastante respecto a lo masculino y lo femenino), a causa de la represión y la falta de objetividad ejercidas, en el pasado, sobre el sexo.

Por la propia ley del péndulo, de un extremo se va casi siempre al otro, antes de encontrar el centro. Eso ha ocurrido con todo lo relacionado con la sexualidad y, en general, con lo masculino y lo femenino, hasta el punto de que quien intente en estos momentos situarse en el centro, puede ser tachado fácilmente de puritano y mojigato. Jung lo expresa así: “A toda baja estima de un instinto sucede necesariamente una sobreestima anormal. Y mientras más injusta ha sido la baja estima, más insana es la sobreestima... La torpeza intelectual de la interpretación del sexo hace imposible toda justa apreciación de la sexualidad... Antes de Freud no debía haber sexualidad por ninguna parte; ahora, de repente todo es sexualidad” (1995a, p. 40).

No es este el lugar para tratar de una educación sexual, simplemente nos limitamos a recordar lo que dicen —junto a Jung— algunos autores, cuya autoridad es manifiesta:

- T. Dethlefsen y R. Dahlke, en su libro “La enfermedad como camino”, dicen: “Sexualidad y amor son los dos polos de un tema llamado *unión de contrarios*. La sexualidad se refiere al cuerpo del otro, y el amor, al alma” (p. 302)... “La sexualidad tiene que equilibrarse con el amor ya que, de lo contrario, nos quedamos en la unilateralidad, y toda unilateralidad es mala, es decir, insana, enfermiza” (p. 298)... “Nuestra época está sexualizada pero falta de amor” (p. 299).
- “La revolución sexual nos liberó de miedos, coacciones y supersticiones que constituían una presión sofocante, pero su defensa del placer sin límites, el rechazo a cualquier tipo de compromiso, la ausencia de normas y modelos, producen inseguridad afectiva, trivialización de la sexualidad y una gran confusión”, dice J. A. Marina (“El rompecabezas de la sexualidad”).
- En otra obra sobre la sexualidad, se lee: “La educación sexual no es una educación aparte, debe estar incorporada en la educación general... Es esencial subrayar que, en el hombre, es el amor el que da su verdadero sentido al acto sexual” (“La sexualité”, Marabout Université).
- E. Fromm dice del amor erótico: “Por su propia naturaleza, es exclusivo y no universal; es también, quizá, la forma de amor más engañosa que existe. En primer lugar, se lo confunde fácilmente con la experiencia explosiva de *enamorarse*, el súbito derrumbe de las barreras que existían hasta ese momento entre dos desconocidos” (1989, p. 58).